

DON QUIJOTE

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ESTE PERIÓDICO SE COMPRO, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

POLÍTICA REPUBLICANA

Abramos el pecho a la esperanza. La Asamblea de Fusión Republicana ha acordado en principio la unión.

Dentro de pocos días se reunirá una nueva Asamblea, en la cual se elegirá el jefe, el caudillo que dirija las fuerzas republicanas y las lleve a la Revolución.

El *Liberál*, comentando «el despertar» de los republicanos, dice:

«Si curados de la parálisis y del vicio congénito de disociación que hasta ahora los redujo a la impotencia, ven con claridad y aprovechan con sensatez la ocasión favorable que las necesidades y los desengaños comunes les brindan; si reivindicar lo que les pertenece, rescatando del poder ajeno soluciones, ideas y doctrinas que son legítimamente suyas, tornarán de cierto a influir en la vida de España y cooperarán más y mejor que nadie a su pronto renacimiento.»

La opinión es ya general. Sólo la República puede salvar a España de la «disolución» de que se ve amenazada.

El porvenir es nuestro.

La gratitud del Papa.

Si el adolescente rey de España D. Alfonso XIII se entera de las cosas que ocurren fuera de su palacio y lee cuanto de importante publican los periódicos, debe mostrarse poco satisfecho de la conducta de su padrino de pila León XIII.

Aún no ha olvidado el país por qué perdimos las Filipinas, y lo que nos costó sostener el poderío español en aquel Archipiélago. Miles de hombres y muchos millones derrochó España por mantener nuestra bandera en las islas oceánicas, que, más que nuestras, fueron de las comunidades religiosas.

Expulsando al fraile, haciendo civil y laico el gobierno y administración del Archipiélago, defendiendo al indio de la rapacidad y la barbarie del fraile, hubiesen renacido las simpatías de los indígenas hacia España, y en el momento del peligro, al aparecer los acorazados americanos, habríamos tenido a nuestro lado a los filipinos, como en el siglo XVIII los tuvieron los defensores de la metrópoli al presentarse los navios ingleses.

Perdimos las Filipinas sin gloria y sin combate, agitando los españoles en el espantoso vacío de la antipatía de los indígenas, que vieron en el americano el vengador de sus sufrimientos; todo por el loco empeño de sostener a las órdenes religiosas, de afrontar una derrota segura, antes que mermar en lo más mínimo los privilegios del fraile.

Después de este vergonzoso sacrificio, ¿qué me nos podía esperar la monarquía española que el agradecimiento de la Iglesia? Los Borbones que permitieron la pérdida de una parte de su reino antes que perder su alma católica perjudicando a las órdenes monásticas, merecían verse santificados por el Papa, o al menos ser familia cara e intangible para el Pontificado.

Pero no es así. El padrino de D. Alfonso XIII, León XIII, ha publicado una bula titulada *Quae mari sinico* sobre los asuntos religiosos de Filipinas, en la cual afirma «que ha visto sin pena la extinción del patronato de la Corona española sobre la Iglesia de Filipinas, y que, por el contrario, le ha producido satisfacción este hecho, pues quedando el clero filipino libre de España, vivirá en mejores condiciones con la libertad que los yanquis le conceden».

Muy bien hecho. Así debe tratar el Papa a los pueblos que se le someten sin voluntad. León XIII piensa que con los de casa siempre se queda bien; que puede mostrar la mayor ingratitud con España sin que nadie se altere, pues no ha de faltarle el apoyo del fanatismo y la amistad de los reyes.

La monarquía católica ha gastado la sangre y el dinero del país por defender los intereses, no de la patria, sino de la Iglesia en Filipinas, y ahora el Papa celebra como un fausto acontecimiento la *reventadura* de España en aquel Archipiélago.

En cambio, entona un himno en loor de los protestantes y ateos de los Estados Unidos, que

hoy gobiernan las islas, los respeta, porque son fuertes, y el Papa, para asemejarse más a Dios, protege siempre a los malos cuando son más que los buenos.

Si España fuese una República, si expulsase a los frailes como Francia, si fuera capaz de llevar a la frontera entre Guardia civil al Nuncio que intentase protestar; si dejara suspenso de sueldo al obispo que conspirase, ya se vería cómo el Papa se hacía de miles y pasaba por todo, celebrando cortésmente las medidas enérgicas que se adoptasen contra él.

Así procede con todas las Repúblicas que por ser pue los ilustrados y libres le hacen cara y saben repeler sus audacias o contestar dignamente a sus ingratitudes.

Pero con los países católicos como la monarquía española, regidos por el escepticismo cobarde o la fanática estupidez, la conducta de Roma es otra.

—No ven en mí al representante de Dios?— dice el venerable padrino.—No soy infalible?... Pues hago lo que me viene en gana. Me... cisco en todos, y ¡a callar!

BLASCO IBÁÑEZ

¿UN FANÁTICO?

La sala estaba de bote en bote. El calor era insostenible, faltaba el aire a los pulmones. La muchedumbre había invadido el recinto en medio de un espantoso tumulto, arrollando a los ujieres y desobedeciendo a los guardias. En todos los semblantes se reflejaba una emoción profunda, mezcla de horror y curiosidad. Es que la causa que debía fallarse aquel día era un proceso extraordinario, tal como registran pocos los anales de la delincuencia.

Tratábase de una especie de fiera humana acusada de haber cometido en un corto espacio de tiempo un sinnúmero de infanticidios. El monstruo solía elegir con preferencia sus víctimas entre los niños más pequeños. Para atraerlos servíase de las más infernales astucias, pero cuando éstas no bastaban, no vacilaba en apelar a la violencia. Más de un niño fue arrancado bruscamente de los brazos de su madre y encontrado luego estrangulado en el monte o ahogado en el río. Ningún motivo determinante, odio, venganza, interés podía explicar estos delitos. El asesino parecía obedecer a una especie de diletantismo del crimen.

La comarca estaba aterrada. El número de niños sacrificados aumentaba de día en día. No hubiera hecho más estragos en la infancia una Diputación provincial. Vanos eran los esfuerzos de la policía. El delincuente burlaba la ley como una empresa arrendataria. Al fin fue cogido *infraganti* en el momento en que estrellaba contra un muro a una pobre criatura de pocos meses. Trabajo costó a los guardias librar al miserable de las iras del pueblo que quería tomarse la justicia por su mano. Así no es maravilla fuese tan grande la ansiedad pública el día en que iba a fallarse aquel proceso sin ejemplo.

Tras larga prueba testifical, cuyos incidentes llevaron a su colmo el horror, tocó al fiscal usar de la palabra. La tarea del representante de la ley era difícil de puro llana. La acusación estaba hecha, pero ¿cuánto no había que esforzar la elocuencia para constituirse en fiel intérprete de la indignación general! El fiscal lo logró. Severo, sobrio, implacable, supo en pocas palabras expresar lo que todos sentían. La emoción pública llegó a su colmo cuando el órgano del ministerio público, encarándose con el reo, exclamó en un vehemente apóstrofe:—«De qué especie de sustancia estará hecho el corazón de este hombre cuya piedad no han bastado a mover ni los entresijos de la infancia ni la desesperación de las madres! Los más grandes criminales de que se conserva memoria, cuantos mataron por pasión, por odio, por codicia, por cálculo, son santos comparados con él. Jamás la justicia humana habrá descargado sus iras sobre cabeza más culpable. Jamás la muerte habrá libertado a la humanidad de mayor vergüenza.»

Aún no extinguidos los murmullos de admiración que la fogosa elocuencia del fiscal había suscitado en el concurso, hubo de comenzar el defensor su labor ingrata. El abogado estuvo admi-

nable de habilidad. Lejos de buscar atenuantes y excusas, encareció y puso en su punto la enormidad del crimen. Era cierto, pero increíble. La perversidad humana no llegaba a tanto. Aquel hombre que se sentaba en el banquillo no era un delincuente, era un loco; loco del corazón, enfermo del sentimiento, demente de la voluntad. Y habló de esa siniestra dolencia, de esa horrible neurosis, patentizada hoy por la ciencia, que, dejando intactas las facultades mentales, arrastra al delito con inconsciente, irresistible empuje. Recordó las reglas de la moderna criminología iniciada por Lombroso. Apeló a la Psiquiatría en busca de casos y ejemplos. Hizo patente esa reviviscencia de la bestia humana que, dormida en el alma de los más, despierta en la de algunos desgraciados con su indomable y bárbaro instinto de violencia y destrucción. No importa, dijo, que los peritos médicos hayan declarado al reo sano de espíritu y plenamente responsable, la propia monstruosidad de los crímenes está ahí proclamando a voces la demencia y la irresponsabilidad de su autor.

Cuando el presidente hubo preguntado al reo, según la fórmula consagrada, si tenía algo que alegar en su defensa, el acusado se puso en pie. Era un hombrecillo seco, escuálido, apergaminado, amarillento, de rostro impasible y de expresión ascética. Los inquisidores deben haber sido así. Comenzó a hablar en voz baja, casi ininteligible, que poco a poco fué creciendo, hasta adquirir las sonoridades de la elocuencia.

—«Estaba resuelto a callar, dijo, mas las exacciones de que soy objeto, la ciega cólera de esa extraviada muchedumbre, me obligan a romper el silencio. No niego ninguno de los crímenes que se me imputan; pero afirmo haber cometido todos ellos por convicción, por principio, por sentimiento del deber, por espíritu de sacrificio. Si fuera capaz de gloriarme de algo, me gloriaría de esos que llamáis mis delitos.»

Un tumulto indescriptible siguió a esta cínica declaración. Crispados los puños, centelleantes los ojos, todos los circunstantes increpaban al audaz malvado. Poco faltó para que la sala fuese teatro de un homicidio perpetrado por la justicia popular. A duras penas, y después de muchos esfuerzos, logró el presidente restablecer el orden, amenazando al público con hacer despejar el recinto.

—«Se me acusa de infanticida», siguió diciendo aquel hombre singular, apenas pudo hacer oír su voz—. Es verdad. He matado muchos niños, tantos como pude matar. Los he matado sin odio, sin rencor, por cariño, por caridad. Sin mí, esos niños se habrían hecho adultos, sujetos a la pasión, a la tentación, al pecado. ¿Sabéis el destino que les aguardaba? Escrito está: «Muchos son los llamados, pocos los elegidos.» La condenación eterna hubiera sido la suerte de casi todas esas desventuradas criaturas. ¡Y vosotros, cristianos, me execráis y maldecís porque he poblado el cielo de ángeles!

Si para ello infringí la ley de Dios y de los hombres, ha sido por abnegación. He entregado mi cuello al verdugo, he puesto en riesgo mi salvación eterna, por obtener la de esos pequeñuelos a quienes consideráis como mis víctimas. Ellos, desde el cielo, me juzgarán de otra manera. Nada espero de la justicia de los hombres, pero confío en la justicia de Dios, que no ha de recompensar el más grande de los sacrificios con penas eternas.

Me culpáis de ser insensible a los atractivos inocentes de la infancia y al llanto desgarrador de las madres. ¿Es que todo sentimiento humano no debe callar ante la voz del deber que clama de lo alto? ¿No glorificáis a la virgen, que, impulsada por santa vocación, abandona a los padres, reniega de la maternidad y se sepulta viva en la tumba prematura del claustro? ¡Insensatos! Arrastrados por la concupiscencia, engendráis hijos, sabiendo, por palabra revelada, que los más de ellos están llamados, tras breve existencia terrena de afanes y dolores, a una eternidad de tormentos. ¡Y me tenéis por infame, malvado y monstruo del Averno porque he intentado deshacer esa vuestra obra de iniquidad y perdición!

Condenadme si os atrevéis, pero sabed que en mí condenáis a la lógica. Conozco bien el vocabulario de vuestro hipócrita lenguaje. Vosotros apellidáis loco al que saca las consecuencias de

los principios que decís profesar, y fanático a aquel que no rinde culto a los sofismas de la conciencia ni se detiene ante las mentiras de una falsa piedad. Sea yo loco y fanático y malvado a vuestros ojos. Nada me importa vuestra opinión. Moriré gustoso en el patíbulo, mártir de la entereza de mi fe.»

Hondo silencio siguió a este singular alegato. Con voz y ánimo turbados hizo el presidente el obligado resumen. Retiróse el Jurado a deliberar, y a poco se leyó el veredicto. Era de inculpatibilidad. El tribunal de derecho dictó en su vista sentencia absolutoria, sin que el fiscal tuviese alientos para solicitar la revisión de la causa por un nuevo Jurado. Y toda aquella multitud, antes tan agitada y turbulenta, se retiró silenciosa y pensativa sin un grito ni una protesta.

¿Y cómo no? Ciertamente que aquel hombre había dado muerte a una infinidad de criaturas, pero lo hizo con la intención plausible de llenar de angelitos el cielo.

ALFREDO CALDERÓN

REVOLUCIÓN INTERNA

EL OÍDO.—¡Silencio! Se me figura que siento muy cerquita ruido de faldas.
EL CORAZÓN.—Ya me entra la calentura.
EL CEREBRO.—¡Soñaba con la hermosura! ¿Por dónde es?—EL OÍDO. Por las espaldas.
LOS OJOS.—Que nos pongan en condiciones y nosotros diremos si es guapa o fea.
EL CEREBRO.—¡Dejadme las ilusiones! Por si fuese una vieja con espolones, no miréis... ¡Tengo miedo de que lo sea! El goce misterioso, desconocido, es el único acaso que no empalaga.
¡Más que el placer gozado es el fingido! Ese ruido de faldas, sólo ese ruido no podéis figuraros cuánto me halaga!
UN NERVIÓ.—¿Qué sucede? ¡Dios nos asista! Otro.—¿Me lo preguntáis con esa flemas? ¡Lo que sucede es que hay conquista! Eso es que ya tenemos hembra a la vista... ¿No ves que se alborota todo el sistema? UNA VENA.—¡Demonio! ¿Quién me sacude? LOS NERVIOS.—Pues... nosotros.—¿Es grave el caso? —El cerebro lo dice.—¡Dios nos ayude! Si lo dice el cerebro, no hay quien lo dude. —Calla, y dile a la sangre que apriete el paso. LOS PULMONES.—¡Atiza! Buena oleada! Pues señor, no ganamos para emociones... ¡Aire!... Y al fin y al cabo no será nada; estas bromas de amoros ¡cosa probada! siempre dan en perjuicio de los pulmones.

EL CORAZÓN.—Yo estallo. Todo me inflama. ¡Subid a las mejillas, glóbulos rojos! Pero antes de que aumente mucho la llama, yo quiero que me digan cómo es la dama.
EL CEREBRO.—Ya pueden mirar los ojos.
LOS OJOS.—¡Voto al dragón! ¡Pues te has lucido! Di que cese en seguida la calentura, y nunca más confíes en el oído...
EL CEREBRO.—Pues cómo! ¿Quién hace el ruido? LOS OJOS.—¡El manto de un señor cura!

SINESIO DELGADO.

¡SOLDADO...!

—Dos velas y una libra de aceite a las benditas ánimas si se libra mi Antonio de ir al servicio —decía la pobre madre con voz en la que vibraban el fervor y la emoción.

—Y yo un año de hábito y el ramo más hermoso de flores a la virgen—exclamaba la hermana. Pero los ofrecimientos y promesas no dieron resultado alguno. Antonio fué designado por la suerte para ir a servir al rey.

Y llegó el temido instante de separarse de su atribulada familia: de su madre, de sus hermanas, de su novia... de su Rosica ¡que tanto quería! Llegó el fatal momento de abandonar aquella casita, aquel pedazo de huerta que él trabajaba con sus robustos brazos, aquellos árboles que le habían dado sus frutos tantos años.

Y marchó... marchó de allí, acertando apenas a pronunciar algunas palabras de consuelo para los seres queridos. Marchó con el alma destrozada por la pena.



Maura.—Se disfraza de jesuita... revolucionario.



Silvela.—De Meístóteles... barato.



Villaverde.—De enorio... averiado.



Dato.—De Celestina... sin contrata.



Abarzuza.—De Dante y de Petrarca al mismo tiempo.



Sánchez Toca.—¡¡¡De marinó!!!



Vadillo.—De cabra triste, ¡muy triste!



Linares.—De héroe... de Santiago de Cuba



Allendesuñazar.—De Mascota... de Villaverde



Sánchez Guerra, (que no es Ministro pero que lo parece) —De dona Moral conservado

Y lo llevaron á la guerra, á la guerra cruel y horrible, donde se derramaba mucha sangre; donde perecían muchos compañeros suyos.

¿Qué trabajo le costó en un principio al novel soldado disparar su fusil contra el enemigo. Antonio, el sencillo campesino de corazón bueno y noble, sentíase horrorizado ante la matanza. El no entendía esas frases de *la integridad de la madre patria*, del honor de la bandera. Para él no existía otra patria que aquel pedazo de tierra que cariñosa y agradecida á su trabajo le diera sus frutos, ni otra madre que aquella que le había echado al mundo. Y estos objetos nadie se los disputaba, nadie los había ofendido. ¿Qué le importaba lo demás? Ni siquiera sabía por lo que peleaba. Además, él, aún conservaba en la memoria unas máximas que había aprendido en la escuela: «Todos somos hermanos». «No matarás». «Ama á tu prójimo como á ti mismo». Y la verdad, no entendía cómo le obligaban á hacer lo contrario de lo que le enseñara su maestro, que para el pobre muchacho era el no más allá de la sabiduría.

Llegó al fin el ansiado día de volver al hogar querido. Y en una mañana hermosa, cuando el ambiente comenzaba á clarearse con la luz del día, y los pájaros abandonando los nidos alegraban los campos con la algarabía de los gorjeos, Antonio saltaba del tren en la estación más próxima á su casa, y encaminábase á ésta por una sendica harto conocida para él. Alguna zozobra atormentaba su corazón. Hacía mucho tiempo que no había tenido noticias de la familia. Indudablemente las cartas se habrían extraviado. No quería creer otra cosa.

Descubre al fin la anhelada casita entre la verde frondosidad de la huerta, llega á ella y no encuentra á los seres queridos. La habitan gentes desconocidas. Entonces, medio loco de pena, oye una historia de esas que ponen desconsuelo y frío en el alma.

Aquellas tierras que Antonio con su robusto esfuerzo y con su pericia de hortelano las hacía producir fruto abundante, le habían bien pronto echado de menos. El hermano, jovenzuelo todavía, no era capaz de llevar adelante tan ruda tarea. Los productos fueron á menos. El amo no cobró el rento con la puntualidad antigua, y la pobre familia fué arrojada de la casa y de las tierras. La hermana se colocó de sirvienta en casa de unos señoritos, y según malas lenguas, había ocurrido algo que no favorecía mucho á la muchacha. La madre cayó enferma de miseria y de pena, acabando sus días en el hospital. Su hermano, solo y sin trabajo, marchó á otras tierras en busca de mejor suerte. Y en cuanto á Rosica, como llegara al pueblo la noticia de que á Antonio lo había muerto una bala, al fin se había casado con otro.

Por el cerebro del pobre mozo cruzó como un relámpago el recuerdo del grito de la guerra; sintió entonces, más que nunca, un odio inmenso á lo que le había arrancado de aquella casa, y con horror supersticioso, como si descubriese algo de terrible castigo en su desdicha, vió brillar en su pensamiento, más claras que nunca, aquellas palabras que le había enseñado su maestro. «No matar», y él... ¡había matado...!

F. BARADO

EL VIAJE DEL CURA

Con su sombrero de teja y con su talar ropaje, salió para un lugarejo, de su pueblo no distante, el padre Benito, cura famoso por sus bondades.

Iba á ver á un labrador que ya en el último trance santa confesión pedía, y, por ser asunto grave, sin tener en cuenta callos y sesenta navidades tomó mi cura el camino y echó á andar tan tieso y ágil.

En Julio, á las diez del día, con un sol... inaguantable, y por una carretera de las de... tercera clase, á mitad de la jornada, cansado y sudando á mares, comprendió el padre Benito que su empresa no era fácil, y junto al tronco de un árbol sentóse sobre el follaje, con una faz que decía: «de aquí no me mueve nadie».

Oportunamente á poco cruzó por aquel paraje un campesino en su burro y apenas lo vió acercarse: —Hijo mío—, gritó el cura, ¿cuánto quieres por llevarme al cortijo del tío Pedro? Te pago por este viaje lo que quieras.

—Padre cura, contestó el otro apeándose, el dejar yo mi camino me hace *prejuicio* muy grande pero, si usted me lo paga... —Sí, ¿qué quieres que te pague? —Pus míste, si viene así como está, catorce reales; y si se quita el sombrero, con cuatro tengo bastante. —Hijo ¿y por qué pides tanto si voy cubierto?

—¡Carape!

Pus si lleva la canoa, ¿dónde me monto yo, padre?

EL CARNAVAL

El Carnaval ha muerto, por más que digan los presbíteros.

Crean éstos que la humanidad se entrega á los placeres profanos mientras dura el reinado de Momo, y es porque no saben que ya no pecan más que los porteros atolondrados, los mancebos de botica y en estado de merecer y los diputados de la mayoría de procedencia rural.

El resto de los mortales espera que pasen estos días de bullicio, para reemprender sus tareas criminales.

Ya se ha hecho cursi eso de seducir hijas de familia en los bailes y perseguir mascaritas inocentes. Ahora, en cuanto vemos una mujer disfrazada de cualquier cosa, pasamos de largo aunque no sea más que para llevarle la contraria al almanaque.

—No—decimos—basta que se nos mande gozar, por orden superior, para que nos entreguemos á los encantos de una vida apacible y pura. Reprimamos nuestras pasiones hasta la Cuaresma.

En cambio, hay chicos dóciles, de temperamento dulce, que en cuanto llega el domingo de Carnaval se disfrazan de *pierrrots*, ó de *bebés*, ó de perros de lanas, y se van á la calle diciendo para sus adentros:

—Si uno no se divierte en Carnaval, ¿para cuándo lo dejar?

Y andan por ahí con una bolsa llena de bombones y un par de duros en el bolsillo, dispuestos á obsequiar á todas las chicas guapas de la provincia y á cometer todo género de atrevimientos.

Cuando regresan al hogar, sueñan con decirles los autores de sus días, con acento de conmiseración:

—¡Ay, Pepito, Pepito! ¿Sabe Dios cuántas *picardías* habrás hecho por esas calles de Dios!

—Mira, mamá, yo soy bueno de mí; pero cuando llega el Carnaval, no sé contenerme—contesta el calaverón, dejándose caer rendido de fatiga sobre lo primero que encuentra.

Hay padre que ve partir al hijo de su corazón vestido de moro, y suspira hondamente.

—¿Qué te pasa?—le pregunta su esposa.

—Temo que nos estropeen al niño. Como está en la edad de los placeres, será capaz de acometer toda clase de empresas... ¡Y le van á pegar!

—Síguele, Paco.

El papá se envuelve en una colcha, cubre la faz con un pedazo de percalina y sale en persecución del mancebo á fin de vigilarle sin ser visto.

También las damas suelen emplear este procedimiento cuando dudan de la fidelidad de sus esposos.

Conocemos á un D. Eufemio, comadrón él, que se disfraza todos los años de alguacil persa, y recorre la capital dando bromas y saludando á todos los conocidos. En cuanto ve á una señora en estado interesante, va y le pregunta:

—¿De cuánto tiempo estás? ¿A quién piensas llamar cuando llegue el instante supremo?

Casi siempre recibe un bastonazo ó una bofetada que le aplican los esposos de las señoras interesantes, y entonces D. Eufemio saca una tarjeta y se la da á sus verdugos, diciéndoles:

—Soy del ramo, caballero. No extrañe usted que me haya metido en el santuario de la vida privada.

Y concluye por obtener una nueva cliente.

Pero la esposa de D. Eufemio no cree en la inocencia del comadrón, y le sigue á cierta distancia oculta bajo un disfraz.

El domingo último, D. Eufemio encontró en el Prado á una señora que está fuera de cuenta y le hizo las preguntas de costumbre.

Iba á contestar la interesada, cuando surgió de pronto la esposa del comadrón.

—¡Adúlteros!—gritó fuera de sí—. Habéis caído en mi poder.

Y se quitó la careta.

—¡Casimira!—dijo D. Eufemio, dando un paso atrás.

A todo esto la señora del embarazo, víctima de la sorpresa y del miedo, comenzó á dar chillidos y á decir que se moría, hasta que llegó un guardia del Ayuntamiento y un vendedor de churros y entre los dos la llevaron al portal, donde salió de su cuidado.

Mientras esto sucedía, la esposa de D. Eufemio

le daba en la careta de cartón con el puño cerrado, poniéndole de pillo que no había por donde cogerle, y era de ver al comadrón queriendo meter la cabeza por el escapatate de un aguadujo, á fin de salvar la piel. Cuando fueron á socorrerle los guardias, vieron con asombro que parte de la careta, hecha pedazos, se le había introducido violentamente por la boca, y tuvieron que sacársela con un gancho.

He aquí lo único que produce el Carnaval: pesadumbres y escenas trágicas. Hoy la gente pensadora huye del bullicio y se queda en casa leyendo á Carulla ó quitándole las manchas á la ropa de verano, que se acerca á grandes pasos.

LUIS TABOADA

UNA AVENTURA

I

Paróse delante del espejo, irguió su esbelto cuerpo, y con adorable atolondramiento, meneando su rubia cabecita, exclamó satisfecha:

—No estoy del todo mal esta noche.

Luego, variando de tono, dirigióse al joven que la acompañaba, y mirándole amorosamente:

—Voy á vestirme en seguida... Cuestión de momentos. Si, no te sonrias, cuestión de momentos. Ya sé yo que las mujeres tenemos fama de eternizarnos en el tocador; pero por lo que á mí respecta, niego ese aserto en absoluto.

Y unos minutos después apareció vestida con un elegante dominó negro, guarnecido de blancos encajes.

—Mira, ya estoy vestida. Ahora sólo me falta ponerme la careta. Esa me la pondrás tú... ¡Oh, que contenta estoy! Si vieras... hace tiempo que tenía empeño en asistir á un baile de máscaras, y nunca me había sido posible, siempre había tropezado con obstáculos insuperables, y al fin hoy, gracias á ti, voy á realizar mis deseos... ¡Qué bueno eres!

Y después de una pausa:

—¡Si te digo que se me presentan hoy las cosas mejor que quiero! Ya ves, la oportunidad del viaje de mi marido.

Esta tarde pidió permiso para verme, y después de enterarse del estado de mi salud me comunicó la fausta nueva: «Un asunto de familia, una tía enferma... cuestión de pocos días... Y con un frío apretón de manos: Hasta la vuelta, querida.»

A la hora fijada para su marcha me he asomado al balcón—porque ya sabes que soy muy precavida—, y he visto cargar sus maletas y he oído que decía al cochero: «A la estación del Norte.»

Y entonces me he tranquilizado y te he escrito que vinieras.

—Si, y aquí tengo la carta en que me comunicas tan agradables nuevas.

Y con verdadera complacencia desdobló un papeletito perfumado, con iniciales entrelazadas, escrito con letra clara y menuda, en el que se leía:

«Arturo mío: Mi marido se ha marchado de viaje. Ven á verme en seguida, esta misma noche. —Adiós, monseñor.»

—¡Muy bien, caballero! Veo que es usted digno de mis favores. ¡Oh, pero estamos perdiendo un tiempo precioso! Voy por tu dominó.

Bueno, ¡estás ya! Pues yo también. Dame el brazo.

Y ahuecando la voz y contoneándose graciosamente:

—¿A que no me conoces?

Y aproximando su húmeda boca á la oreja de Arturo:

—¡Qué buena pareja hacemos!

II

—¡Oh, mi querido amigo, si vieras qué contenta estoy! Esta escapatoria me recuerda los días de fiesta de mi época de colegiala. ¡Qué días aquellos! Entonces encontraba tan agradable la vida... Y ahora... Pero no hablemos de cosas tristes. ¡Bañémonos un poco!

Después, fatigados por la danza, pasearon un rato por el salón.

—Mira, Arturo, esa máscara, ¿de qué va vestida? ¡De charra! ¡Oh, qué bien está! ¡Y esa otra! Mira, mira á D. Juan Tenorio del brazo del Comendador y á Quevedo con una dueña. ¡Pues y ese *bebé* persiguiendo á una ama de cría! ¡Y esa mujer, vestida de estudiante, que ostenta en su tricornio este significativo letrero: «Tuna de las más tunas»...

Dieron las cuatro.

—¡Vámonos á casa!

—Como quieras.

III

La doncella salió apresurada al encuentro de su señora.

—El señor ha perdido el tren.

—¡Oh, qué fastidio!

Y enviando á Arturo un beso con ademán adorable de despiqué:

—Ya lo oyes... ¡Paciencia!

MIGUEL SAWA

LIBROS

El Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent ha escrito y publicado un libro de «costumbres aristocráticas—de malas costumbres» titulado *Cuestión de ambiente*.

El Sr. Hoyos, según nos hace saber la señora Pardo Bazán en el sabroso prólogo que precede á la novela de que nos ocupamos, es hijo de un ilustre prócer, conoce la vida de los salones y ha estudiado con verdadero *amor* el «medio» en que se desarrolla su obra.

Cuestión de ambiente es un libro muy bien escrito, en el cual su autor revela condiciones de verdadero novelista.

El Sr. Hoyos es joven aún; demos tiempo al tiempo, y seguramente que sus futuros libros le han de dar, si no mucho provecho, su «poquita» de gloria.

¡Y no sólo de pan vive el hombre!

Desde estas columnas hemos proclamado ya como poeta al Sr. Ortiz de Pinedo, que se presenta otra vez al público con un nuevo libro de versos: *Poemas breves*.

Libro que, en nuestro concepto, merece leerse. Porque el Sr. Ortiz de Pinedo, insistimos, es un verdadero poeta.

La casa editorial de Sempere y Compañía acaba de publicar una obra interesantísima, *El colectivismo y la evolución industrial*, de Emilio Vandervelde; jefe del partido socialista en Bélgica, y uno de los cerebros mejor organizados de Europa.

El libro de Vandervelde es una hermosa y clara exposición de la doctrina colectivista y una demostración de que la industria se mejoraría dentro de un régimen socialista, en vez de decrecer, como afirman sus enemigos.

Los que quieran conocer á fondo el pensamiento socialista en su más clara y elevada expresión, deben leer la obra de Vandervelde.

El eminente sociólogo belga, al mismo tiempo que profundo observador, es un artista notable que expresa sus doctrinas con amena claridad.

El colectivismo forma un hermoso volumen con el retrato de Vandervelde, y se vende al precio de una peseta en todas las librerías.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Muebles moderno estilo. Tapicerías. Gabinetes. Alcobas. Comedores. ¡Visita el gran establecimiento de muebles de A. Vallejo, Alcalá, 17!

¡Conocéis, oh jóvenes! el *Anís de la Tierruca*? ¡Pues probadlo, ilusos! ¡Es el néctar de los dioses!

Colecciones de DON QUIJOTE del año 1902. Se remiten á provincias certificadas. Precio: 12 pesetas.

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



EL MAS FINO,
EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE
Libritos á 10 y 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawá.

Imp. de A. Marzo. San Hermenegildo, 32, dupdo. Teléf. 3.127.